

Debates sobre juventudes, la fuerza de lo político y lo cultural.

Klaudio Duarte Quapper

1. Constitución del ser joven como proceso de disputas.

Desde mediados de los noventa en nuestro país comenzó a aflorar la conversación pública sobre jóvenes y juventudes, desde la producción investigativa sistemática. Si bien a principios de los setenta los hermanos Matelart nutrían estas voces¹, lo que pudo ser la inauguración de un período de abordajes sobre este emergente grupo social sólo quedó en el primer paso, pues la debacle nacional sufrida desde el golpe militar contra el pueblo chileno cortó de raíz los intentos por pensar, al menos críticamente, las realidades sociales e inauguró un tiempo en que las preocupaciones estaban más bien puestas en resistir y sobrevivir.

Sin embargo, la emergencia significativa de sujetos jóvenes en las escenas nacionales, también de agrupaciones juveniles de diverso tipo intentando tener voz propia y de ciertos imaginarios sociales que desde la dominación cultural procuraban modelar a este grupo considerado potencial consumidor en las lógicas de mercado, generaron contextos proclives para la reinstalación de la conversación pública sobre juventud (es). Estas conversas y debates han dado cuenta de las variaciones que han tenido estos procesos de constitución de las y los jóvenes en Chile.

De esos debates nos importa relevar tanto las distintas versiones que se han venido construyendo, como las condiciones contextuales en que ellos se dan y de las cuales forman parte, ya que ambos aspectos -versiones y contextos- se retroalimentan en un proceso incesante. Los contextos definen significativamente a las versiones, aunque es importante considerar que de dicha influencia no siempre se dan cuenta y hacen cargo quienes participan de los debates que revisamos en este texto.

Por ejemplo, a mediados de los ochenta, con los aportes desde la psicología social y desde la interdisciplinariedad de la militancia en organizaciones e instituciones de oposición a la dictadura, se reinstala el proceso de debatir públicamente cuestiones referidas a este grupo social denominados jóvenes o juventud (es)².

La condición principal que existe en ese momento de nuestra historia es que el grupo definido socialmente como jóvenes estaba asentándose de manera significativa. El impacto del sistema educacional -especialmente educación media y superior- en la constitución de los sujetos jóvenes y de la consolidación de un grupo social al que se denomine como jóvenes en nuestro país, estaba llegando a un proceso de crecimiento

¹ Matelart, Armand y Michele Matelart. JUVENTUD CHILENA: rebeldía y conformismo. Editorial Universitaria. Santiago, 1970.

² Agurto Irene, Manuel Canales y Gonzalo De la Maza, editores. JUVENTUD CHILENA: razones y subversiones. ECO-FOLICO-SEPADE. Santiago, 1985. Asún Domingo. La juventud marginal y salud mental. En Arzobispado de Santiago, Vicaría Sur. La Juventud Marginal y su papel en el proceso de cambio social. Santiago. 1980. Del mismo autor: Los Jóvenes hoy. CIDE, Cuadernos de Educación. Año XIV, N° 25, Mayo 1983. Santiago.

tal que permitía ver jóvenes en todos los sectores y grupos sociales. Astrid Oyarzún propone la imagen de que la Educación Media constituye al sujeto joven en Chile³, cuestión relevante si consideramos que la emergencia de este grupo social viene de la mano de la progresiva instalación del capitalismo en nuestro país (durante siglo y medio) y de la organización del sistema educacional y su masificación, generando acceso de alta cobertura para la población joven del país. Debe considerarse en esta argumentación la diferenciación con que ese proceso de emergencia se implementa según clase social, género, etnia, localización territorial, entre otros atributos identitarios⁴.

Otra condición también importante de considerar en este momento histórico son las formas en que un sector de estos sujetos jóvenes se movilaron y articularon en oposición a la dictadura militar y ganaron presencia en el espacio público, a través de diversos procesos organizativos y de las protestas nacionales, así como de un interesante proceso de producción (contra) cultural que permitió ensanchar los límites rígidos y censuradores que el autoritarismo dictatorial imponía ante cualquier manifestación de este tipo, que consideraban peligrosa para sus fundamentos de Seguridad Nacional. Esta irrupción juvenil aportó para afianzar la percepción social de que en Chile existen jóvenes y de que aparecía un tipo de joven no tan considerado en los períodos anteriores como son las y los jóvenes pobladores, y que estos sujetos pueden ser considerados en referencia a sus propias identidades y no sólo a su pertenencia a determinada clase -a través de su dependencia familiar- o a su principal ocupación: estudio y/o trabajo.

Ahora bien, se actualizó en ese momento la dicotomía que ha sido parte de esta constitución de las y los jóvenes, en tanto las imágenes que de ellos y ellas se crean tienden a reproducir una polaridad entre la maldad y la pureza⁵. Igor Goicovic hace una acertada narración de la conflictiva relación de las y los jóvenes con el Estado en nuestro país durante el siglo 20, en ella las imágenes que apuntan a la maldad como un atributo inherente de estos sujetos, queda evidenciada y es posible verla todavía hoy en significativos procesos de criminalización contra las y los jóvenes y contra sus prácticas colectivas⁶. Es decir, el polo negativo de los estigmas contra las y los jóvenes es de larga data y en el período dictatorial en nuestro país se constituyó también en parte de la conversación pública sobre jóvenes.

En ese proceso, el otro polo de la dicotomía son las imágenes que, con la misma racionalidad anterior, sostienen la noción de que ser joven es portar en esencia una capacidad y disposición a jugársela por la transformación en cualquiera de sus vertientes. Incluso sectores de izquierda en Chile, han tendido a reproducir desde antiguo esta condición idealista atribuida-impuesta a los sujetos jóvenes, por el sólo

³ Oyarzún Astrid. La cultura juvenil se ha hecho secundaria, pero aún es una allegada. En Última DÉCADA. Año 8, N° 12, CIDPA, Viña del Mar. 2000.

⁴ Duarte Klaudio. Trayectorias en la construcción de una Sociología de lo Juvenil en Chile. En PERSONA Y SOCIEDAD. VOLUMEN XIX/ N° 3. Universidad Alberto Hurtado. Santiago. DICIEMBRE 2005.

⁵ Duarte Klaudio. Jóvenes, imágenes polares y tensiones. A propósito de participación política juvenil a treinta años del golpe militar contra el pueblo chileno. En Revista ERIAL N° 10. Programa Caleta Sur, Lo Espejo, Primavera.

⁶ Goicovic I. Del control social a la política social. La conflictiva relación entre los jóvenes populares y el Estado en la historia de Chile. En Última DÉCADA. Año 8, N° 12, CIDPA, Viña del Mar. 2000.

hecho de ser jóvenes. Estas imágenes -que se pretenden positivas- también se actualizaron en la lucha antidictatorial, en la medida que los sectores opositores - políticos, religiosos, culturales, entre otros- cargaron a sus jóvenes con nociones que hacían referencia a una supuesta condición natural en las y los jóvenes que los ubicaba como promotores del cambio. Estas imágenes subsisten hasta el día de hoy en versiones como voluntariados, trabajos solidarios, etc., en que se tiende a acudir a jóvenes por creer que poseen esa condición, ya que ella aseguraría disposición a la activación social⁷.

En definitiva, la constitución del ser joven, en sociedades capitalistas con relaciones sociales conflictivas, es parte de un conjunto de disputas permanentes, que se van actualizando de acuerdo a la modificación de los contextos y los actores, grupos e instituciones que en ellas se debaten. En ese sentido es potente la propuesta de Víctor Muñoz quien señala que las y los jóvenes se van constituyendo en un cierto espejo de su sociedad y le van mostrando-reflejando, lo que ella misma es, por lo que los acercamientos a los mundos juveniles van mostrando las señales de cómo nuestra sociedad chilena se va pensando a sí misma en sus jóvenes⁸. Se puede hacer un juego de imágenes desde fines de la dictadura en adelante: la anomia juvenil planteada por Valenzuela, los acreedores de una deuda social planteada por la Concertación en el diseño de su primer gobierno, la apatía juvenil y la generación X, los jóvenes emprendedores del gobierno de Frei Ruiz Tagle a través del Programa Chile Joven, jóvenes consumidores fruto del éxito económico -cuenta joven, auto joven, etc.-, jóvenes empobrecidos peligrosos y criminales en el discurso de Paz Ciudadana y la clase política, jóvenes actores políticos -“la sorpresa del año 2006”- desde el movimiento estudiantil, entre otras imágenes.

Ahora bien, debemos considerar que estas disputas no siempre son abiertas y que muchas veces se constituyen como enfrentamientos solapados o evasiones y sólo en algunos casos se manifiestan como tensiones evidentes. En ese proceso, producir pensamiento social sobre las juventudes, que contribuya a develar las condiciones de conflictividad social que ellas materializan, resulta vital para intentar posibilidades de transformación social. En la medida que dichas reflexiones se inhibieran de dar cuenta de esas disputas sociales, pueden constituirse en argumentación para la mantención y fortalecimiento de las dicotomías como la expresada o reproducirán nociones que niegan la condición de sujeto en construcción a las y los jóvenes y a sus expresiones políticas y culturales.

Quizás ese sea uno de los riesgos principales de ciertos enfoques que han emergido en algunos países del continente y en especial en Chile, que se auto denominan como “un giro hacia la cultura” y que enfatizan “la construcción de un sujeto juvenil enmarcado por la cultura”⁹ y que observa lo juvenil a partir de sus producciones culturales propias, las que son leídas mayormente desde la noción tribal planteada por Michel

⁷ Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza. Jóvenes Universitarios/as y Cultura Solidaria. Una mirada a la Experiencia del Programa Adopta un Hermano. Santiago. 2003.

⁸ Muñoz Víctor. Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de ‘la juventud’ chilena. Un acercamiento histórico (2003-1967). En *Última DÉCADA. Año 12, N° 20*, CIDPA, Viña del Mar. 2004.

⁹ Zarzuri Raúl y Ganter Rodrigo, Compiladores. Jóvenes: la diferencia como consigna. Ensayos sobre la diversidad Cultural Juvenil. CESC, Santiago, 2005. Página 10.

Maffesoli desde Europa¹⁰. La espectacularidad de los estilos juveniles es el eje de atención de estos enfoques en la medida en que se convierten en marcas de identidades de los grupos que los despliegan, a los que también se les denomina subculturas, contraculturas, microculturas, etc¹¹.

Estos enfoques que se han venido masificando en nuestro país y en el continente, han sido cuestionados por al menos tres aspectos de su producción: por una parte, la preeminencia del símbolo en sus estudios, que es asumido como uno de los componentes centrales del estilo juvenil, llevando a que en el análisis dichas expresiones se vean totalizadas en sí mismas por ese estilo, lo que debilita muchas de las miradas sobre las prácticas juveniles, volviéndolas autoreferidas y ensimismadas, negando muchas veces las conflictividades sociales de que son parte. Un segundo eje de crítica ha sido la nula y débil vinculación que se hace de esas realidades juveniles estudiadas con las condiciones de vida de esos jóvenes y sus comunidades (clase, género, raza, incluso generación) que redundan en miradas muy acotadas que pierden la capacidad comprensiva de relacionar con lo global, anulando el contenido problematizador y por tanto político del análisis y del debate. El tercero apunta a la utilización mecanicista que se ha hecho de las nociones de neotribalidad y tribus urbanas, que niegan continuidades entre los modos de agrupación juvenil de este tiempo con épocas anteriores y que homogenizan la misma diversidad a la que apelan tras estas nociones que aún no muestra pertinencia y rendimiento político para nuestras realidades como al parecer tienen en Europa¹².

Otras perspectivas que persisten en nuestro país y que tienen alta incidencia en la conformación de imaginarios y actitudes hacia las y los jóvenes, es lo que denominamos enfoques conservadores y adultocéntricos. La construcción conceptual original sobre juventud desde principios del siglo 20 -en Europa y Estados Unidos, más tarde en América Latina y El Caribe- estuvo dominada por corrientes que provienen principalmente desde algunas escuelas de la psicología evolutiva o psicología del desarrollo y de la sociología funcionalista, donde priman los enfoques psicobiológicos y normativos sobre sujetos jóvenes y juventud.

Una de las características principales de estos enfoques están dados por la elaboración de imágenes del joven como un individuo en preparación para el mundo adulto, proceso en el cual desarrollaría crisis de diverso tipo que lo volverían una persona vulnerable e inestable. Al mismo tiempo, esa preparación es vista como apresto para la inserción en el mundo, concebido éste como sociedad adulta. Para ello se espera que alcance cierta madurez cuyas expresiones son definidas y pauteadas por el propio mundo adulto. De esta forma, el tiempo de juventud estaría definido por condiciones naturales del proceso de cada individuo en base a su desarrollo psicobiológico y sería un tiempo acotado previo a la entrada a la adultez¹³.

¹⁰ Maffesoli Michel. El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas. Icaria Editorial, Barcelona, España, 1990.

¹¹ En este plano se siguen los planteos que desde México hacen Carles Feixá y Roxana Reguillo entre otros.

¹² De reciente aparición y de alto interés son los trabajos incluidos en esta línea en: Zarzuri Raúl y Ganter Rodrigo, Compiladores. Jóvenes: la diferencia como consigna. Ensayos sobre la diversidad Cultural Juvenil. CESC, Santiago, 2005.

¹³ Erikson Erik. Identidad, Juventud y Crisis. Paidós, Buenos Aires, 1977. Hualde Antonio. Psicología del joven. Ediciones Paulinas, Bogotá, 1991. Lowe Gordon. El desarrollo de la personalidad. ALIANZA

Criticando esas concepciones es que se señala la existencia de una matriz adultocéntrica, que se caracterizaría por la construcción de imaginarios, discursos y orientación de acciones en que lo adulto es concebido como lo que posee valor, visibilidad y capacidad de control sobre el resto de la sociedad, quienes serían vistos como individuos incompletos en preparación para (niñez y juventudes) o quienes ya pasaron (adultos mayores)¹⁴.

Esta matriz se expresa en conceptualizaciones de las ciencias sociales y de la sociología cuando observan la realidad social y en específico cuando lo hacen sobre las generaciones más jóvenes. En ellas se recrean los sentidos antes enunciados de postergación para el futuro e invisibilización en el tiempo presente o en la subvaloración de sus aportes actuales y en la expectativa de lo que posteriormente podrán hacer si es que cumplen con lo esperado socialmente.

En contraposición a los enfoques conservadores y adultocéntricos, se ha venido instalando una propuesta de conceptualización de lo juvenil, ya no como un proceso natural definido por el tipo de desarrollo psicobiológico del joven sino como un proceso cuyas características más significativas están dadas por el contexto social, político, cultural y económico en que se vive el tiempo que cada sociedad en específico define como juventud, a este enfoque le hemos llamado de construcción social de las juventudes.. De esta forma, aspectos identitarios como la clase social de pertenencia, el género, el origen racial, la localización territorial, la adscripción (contra) cultural, entre otros, tienen un peso significativo en su conformación de identidad y en la experiencia de joven que se vivencia¹⁵.

Si bien este enfoque constituye un avance significativo respecto de las perspectivas conservadoras, no constituye una garantía de que se logre ir más allá de las miradas adultocéntricas antes señaladas. Se reiteran en estas corrientes las lógicas de poder

Editorial, Madrid, 1984. Peláez Paula y Luengo Ximena. El Adolescente en Conflicto. Salud Integral. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1996.

¹⁴ Duarte Klaudio. Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen. LOM Ediciones. Santiago. 1994. Duarte Klaudio. ¿Juventud o Juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles. En Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica. Klaudio Duarte y Danahé Zambrano Editores. Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI, San José. 2001.

¹⁵ Tineo Jeannette. Posturas y miradas para nuestro acercamiento a las realidades juveniles. República Dominicana, 2005. Mimeo. Bojorge Karla. Género y Juventud. Puntos de Encuentro, Nicaragua. Romero Pablo. Juventud, Género y Masculinidades. Fundación José Peralta, Quito, Ecuador. Restrepo Adrián. Aproximaciones y polémicas al concepto de culturas juveniles. Instituto de Estudios Políticos Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Román Ángel. El tema de la adicción en los Asentamientos urbanos de Guatemala. Iglesia Episcopal de Guatemala. Todos estos textos están en: Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica. Klaudio Duarte y Danahé Zambrano Editores. Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI, San José. 2001. También en Chile: Muñoz Víctor. La juventud chilena y el derecho a construir sociedad. Una perspectiva histórica. Inédito. 1996. Sugiero las publicaciones del Programa Caleta Sur -www.caletasur.cl-; de CIDPA (Oscar Dávila, Astrid Oyarzún, Juan Claudio Silva, etc.) -www.cidpa.cl; Jamett Francia y otras. ¿Quién dijo que todo está perdido?. Sistematización de 10 años de experiencia con jóvenes populares. Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes. Santiago, 1999.

contenidas en la matriz adultocéntrica que ven a las y los jóvenes como sujetos en espera para ser, cuestión que lograrán al hacerse socialmente adultos¹⁶.

En continuidad con la mirada que señala la existencia de una matriz adultocéntrica en nuestras sociedades y que lo juvenil deviene desde una construcción social, se ha venido desplegando una elaboración que propone mirar lo social desde la perspectiva de la existencia o ausencia de relaciones entre generaciones y de las características de ese tipo de relaciones, perspectiva que hemos llamado enfoques generacionales desde lo juvenil¹⁷.

Si bien es incipiente la gestación de este enfoque, a propósito de su novedad, la señalamos en este texto como una línea de pensamiento que puede permitir un interesante despliegue en las ciencias sociales. De consolidarse, esta perspectiva posibilitaría:

- Desnaturalizar los conflictos generacionales e historizar en cada cultura y época dichas tensiones sociales.
- Comprender las relaciones de poder existentes entre generaciones y al interior de las mismas, tanto en sus variantes de dominación como de liberación.
- Comprender lo juvenil como relaciones sociales en permanente construcción (dinámicas, diferenciadas e infinitas).
- Comprender lo juvenil desde los vínculos de lo generacional con las condiciones de campos de construcción de identidades: género, clase, raza, adscripción (contra) cultural, localización territorial, entre otros.
- Comprender la construcción de lo juvenil como posibilidad de reparadigmatizar lo adulto, lo adulto mayor, que pueden ser concebidos desde lógicas liberadoras no adultocéntricas.
- Orientar para el diseño de estrategias de acción desde los propios mundos juveniles y en estilos de co construcción con otros actores sociales.

Entonces este enfoque, otorga un rendimiento interesante toda vez que permite leer lo social desde lo juvenil, en perspectiva generacional y desde ahí leer también desde otros actores sociales adultos, niños y niñas, etc.

Esta confluencia de enfoques y contextos es la que va generando las condiciones en las cuales se producen buena parte de los discursos con que las ciencias sociales van incidiendo en los imaginarios sociales, en las elaboraciones que se van construyendo sobre las y los jóvenes y en las actitudes y relaciones que con ellos y ellas se establecen. Relevar las condiciones de debate y disputa en que ello se materializa es vital para orientar las elaboraciones al respeto y la aceptación entre generaciones.

¹⁶ Por ejemplo: Weinstein José. Los Jóvenes y la Educación Media. En Instituto Nacional de la Juventud. Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago. 1994; Sandoval Mario. Jóvenes del Siglo XXI. Sujetos y actores en una sociedad en cambio. Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago. 2003. CEPAL - OIJ. La Juventud en Iberoamérica. Tendencias y Urgencias. Santiago, 2004.

¹⁷ Duarte Klaudio. Género, Generaciones y Derechos: nuevos enfoques de trabajo con Jóvenes. Una Caja de Herramientas. Family Care Internacional y Fondo de Población de Naciones Unidas, Bolivia. La Paz, 2006.

2. Importancia de la diferenciación intergeneracional para constituirse.

Un aspecto que participa de manera potente en la constitución de las y los jóvenes, son sus propios procesos de diferenciación intergeneracional. Dichos procesos les permiten tomar distancia de aquellas experiencias de tiempos pretéritos, que marcan las fronteras entre lo que se hizo y lo actual. Esas elaboraciones establecen fronteras y delimitan campos simbólicos que muchas veces se refuerzan desde valoraciones evaluativas que establecen por comparación, lo mejor-peor de esas experiencias.

Ahora bien, reconociendo la importancia de esta lectura pretérita de las experiencias y procesos sociales realizados por contingentes juveniles, hemos de considerar que muchas veces se corre el riesgo de afianzar las disputas si no se ponen en cuestión las claves de lectura. Es decir, al intentar reafirmar las identidades construidas en los procesos de constitución juvenil en tiempo presente, se puede recurrir a las lecturas de lo pasado como carente e incompleto -“todo tiempo pasado fue peor”-, y en la misma racionalidad, pero en el lado opuesto de la luna, hay adultos y adultas que desalojan lo actual producido por jóvenes, a partir de la comparación sobre valorada de lo vivido en su propio tiempo de jóvenes -“todo tiempo pasado fue mejor”-.

En cualquiera de los dos casos, parece recomendable poner énfasis en las claves de lectura que se utilizan, para construir matrices analíticas que ayuden al acercamiento progresivo cada vez más íntimo a las realidades juveniles.

Un ejemplo del efecto que subvalora lo vivido -“todo tiempo pasado fue peor”-, por las pasadas generaciones de jóvenes, se pudo observar en los discursos que ciertos analistas y actores públicos plantearon a propósito de las movilizaciones de estudiantes secundarios en el otoño del dos mil seis. En esos planteamientos se señalaba que nos encontrábamos ante una generación de jóvenes que venía a romper con la apatía e inmovilismos de las y los jóvenes, y que les habría caracterizado desde principios de los noventa con la instalación del primer gobierno civil post dictadura militar.

Ese tipo de discursos da por aceptadas y compartidas las nociones de la apatía juvenil. Sin embargo, hubo quienes desde ese mismo tiempo -la salida de los militares del gobierno y el ingreso al mismo de la Concertación de partidos por la democracia- planteamos que no era apatía lo que circulaba en los mundos juveniles, particularmente en los sectores empobrecidos y capas medias, sino más bien una fuerte antipatía a los modos tradicionales de hacer política por considerarlos corruptos, elitistas y que se despliegan sólo a partir de intereses específicos de ciertos grupos de poder y que constituyen una forma de hacer política lejana a los intereses de las grandes mayorías de excluidos en el país¹⁸. No siempre ese rechazo a estas formas conservadoras y asimétricas de hacer política ha sido parte de un discurso con

¹⁸ Un indicador que permite dar cuenta de esta situación es la baja participación en los procesos electorales nacionales y comunales por parte de las y los jóvenes. No es la única muestra de antipatía, pero la indica de forma ascendente durante los últimos 17 años.

los formatos tradicionales, más bien se ha caracterizado por sus formas poco convencionales y en algunos casos rupturistas por parte de jóvenes¹⁹.

Esta antipatía juvenil en el campo de lo político ha estado acompañada en algunas experiencias, por simpatías con nuevas formas de hacer política, formas despegadas de los formatos tradicionales y que cuestionan de esta su reducción a los procesos electorales y su formalización con mecanismos considerados rígidos y poco efectivos para la resolución de las demandas de los grupos más desfavorecidos de la población. Es decir, más que apatía graficada con la expresión “no estoy ni ahí”, se ha señalado que había que considerar como una expresión relevante el “estamos ahí” que muchas experiencias no institucionales y producto de procesos de autoconvocatoria se desplegaron en diversas comunidades²⁰.

La expresión del movimiento estudiantil secundario del dos mil seis, resulta de una acumulación de años de movilización y acción, que mostraron formatos significados como novedosos, pero que observados al trasluz de lo que recién planteamos, nos evidencian que lo que está en cuestionamiento son los viejos lentes con los cuales durante una década y media se les leyó y no se les pudo comprender. El relevamiento de la capacidad discursiva de los voceros del movimiento, de su horizontalidad en la orgánica global, la capacidad de cuestionar lo estructural y no sólo establecer demandas específicas, entre otros aspectos, si bien son valorables en esta experiencia, ya se aparecían en procesos de menor incidencia y cobertura, pero que igual se hicieron parte del tejido subterráneo que desde hace años se viene elaborando en los movimientos juveniles populares y contraculturales. Por ejemplo, la horizontalidad de sus orgánicas ya apareció a principios del 2000, en el primer mochilazo contra el gobierno por temas referidos al pase escolar. En esa ocasión fueron descalificados por el entonces Sub Secretario de Educación José Weinstein, quien señaló que se trataba de jóvenes inorgánicos incapaces de generar representación democrática entre ellos. Seis años después, este tipo de agrupación y modo de hacer política “sorprende” y llama la atención.

Respecto de la sobre valoración del tiempo pasado -“todo tiempo pasado fue mejor”-, la imagen que más pesa en los discursos sociales adultos es señalar que en el período de dictadura militar sí existió protagonismo juvenil y que las y los jóvenes de hoy, no son capaces de igualar dicha lucha que habría cimentado el término de la dictadura militar. Es más, se agregan a estas nociones, las ideas de que estos sujetos jóvenes de hoy no tienen ideales, que no participan ni tienen interés en su país y que es tal su desvarío que confunden a figuras emblemáticas de la política -como Allende y el Che Guevara- con artistas como Bob Marley y otros.

Lo que estos discursos no consideran es que es discutible su punto de partida, en tanto cabe preguntarse ¿de qué protagonismo juvenil se habla? Si los recuentos históricos de

¹⁹ Duarte Klaudio. Participación comunitaria juvenil. Miradas desde las lunas y los soles en sectores populares. Instituto de la Mujer, Santiago. 1997. Zarzuri y Ganter. Culturas Juveniles. Narrativas minoritarias y estéticas del descontento”. Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez. Santiago. 2003.

²⁰ Duarte Klaudio. Una lectura desde las utopías para comprender las antipatías. En Visión de los Jóvenes ante la Política. Fundación Nueva América. Santiago, 1995. Servicio para el Desarrollo de los Jóvenes SEDEJ. Si no están ni ahí... ¿Dónde están? Santiago. 1991.

esa época han venido mostrando con claridad, que lo que allí existió fue más bien una activación masiva juvenil en las calles y lugares de protesta, y un amplio contingente de jóvenes vinculados a diversos tipos de grupos -en especial estructuras partidarias y de producción cultural-, la pregunta que surge es, ¿esa activación juvenil implicó protagonismo en los procesos en que se involucraron?

A mi juicio no logra ser protagonismo, dado que la masividad lograda no implicó necesariamente que las y los jóvenes activados hayan logrado deliberar y tomar decisiones que marcaran el cauce de las acciones seguidas por el movimiento opositor a la Dictadura Militar y más bien, fueron relegados constantemente a ser meros objetos de dichos procesos, ejecutores de las acciones decididas por otros y finalmente comparsa de ritmos definidos e interpretados por las dirigencias mayormente adultas. De esta forma vemos que sin capacidad de decisión y control sobre los procesos de movilización, sin posibilidades de incidir en sus contenidos y orientaciones políticas, era esperable que una vez pactada la salida institucional a la Dictadura, muchos de estos jóvenes se sintieran frustrados -y en algunos casos traicionados-, para luego replegarse a otras formas de acción política.

Quizás la esfera social donde las y los jóvenes si tuvieron una posibilidad más efectiva de ser protagonistas fue el campo de la producción cultural, que, en la medida que se trató de elaboraciones de rechazo a las condiciones de sometimiento que se vivían en el país y de propuestas de alternativas a ese mundo impuesto de orden, paz y progreso, se pueden señalar como producciones contraculturales.

En ese campo, las experiencias universitarias desde la ACU y otras, en el mundo poblacional con un amplio número de centros culturales y agrupaciones artísticas, marcaron significativamente la presencia de las y los jóvenes como actores sociales con capacidad de crítica y propuesta²¹. Este proceso lamentablemente, no logró la misma riqueza e incidencia social en el campo de lo político. Los conflictos generacionales fueron decisivos en la medida que las y los adultos -mayormente varones- que regresaban del exilio volvieron a hacerse cargo de sus puestos de dirección dejados a partir del golpe militar y desplazaron a un conjunto de militantes jóvenes que por años habían liderado estos procesos políticos.

Estos mismos adultos que les habían alentado a la militancia y la acción política, en ese momento les abandonan amparados en nociones tradicionales de sospecha y amenaza que lo juvenil empobrecido tendría implícito en su supuesta esencia. De esta manera se pasa de un polo del estigma idealizador, jóvenes como comprometidos con el cambio social a la noción de jóvenes como maldad inherente.

Ha de considerarse el mecanismo adultocéntrico aquí utilizado, en la medida en que se insiste en construir las imágenes y nociones sobre las y los jóvenes a partir de lo que un grupo de jóvenes mayores, que se sienten ahora incorporados al mundo adulto, concibe como lo que habría sido su propia experiencia de activación política. Es decir, “nosotros nos movilizamos y fuimos protagonistas del cambio, mientras que ustedes, los jóvenes de hoy son apáticos y no tienen ideales”. Este discurso se comprende en el

²¹ Muñoz Víctor. ACU, rescatando el asombro. Historia de la Agrupación Cultural Universitaria. Libros La Calabaza del Diablo. Santiago, 2006.

contexto de un grupo, que se activaron en contra de la dictadura militar, pasaron a convertirse en funcionarios de los nuevos gobiernos civiles en los servicios públicos y también en los municipios, ubicándose dentro de la clase política y gobernante, reproduciendo su discurso. Es decir, jóvenes adultizados en la medida que reproducen las lógicas adultocéntricas de (mal) trato a jóvenes, con la idea de que *los adultos son* -protagonistas, ciudadanos, aporte a la patria-, lo que *los jóvenes no son* -apáticos, sin ideales, ensimismados-. Como se ve, un mecanismo propio de la discriminación adultocéntrica es autodefinirse como adultos a partir del relevamiento de características que las y los jóvenes no tendrían.

En esa conflictividad generacional, pesaron más las imágenes y discursos adultizados que obviaron estas consideraciones sobre protagonismo juvenil y reforzaron nociones dirigidas a relevar nociones como la existencia de una deuda social con los sectores jóvenes más desfavorecidos, lo que llevó a construir una política pública y a reforzar un imaginario social que comenzó a relacionarse con ellos y ellas desde el beneficio y la negación de su capacidad de actoría social. Esto, vinculado con lo ya señalado respecto de la supuesta apatía y desapego juvenil de la política y lo político en nuestra sociedad, terminó por borrar las posibilidades de contar con jóvenes considerados sujetos en tiempo presente y considerar sus potencialidades y capacidades en la construcción de comunidades dignas y solidarias.

No es extraño entonces que la emergencia de nuevas formas de agrupación juvenil y de acción cultural y política no hayan sido vistas de esa manera por estos discursos adultocéntricos y que la no participación electoral por ejemplo sea sólo leída desde la irresponsabilidad e inconciencia -apatía-. Se leen las producciones juveniles desde lo esperado por la norma adulta -que se autodefine como modelo a seguir- y se niega cualquier tipo de aporte que ellos y ellas podrían hacer en nuestra sociedad. El potente silencio juvenil, no es signo de no tener palabra, sino más bien es señal clara de tener otra palabra, otra frecuencia y otro ritmo en el habla, cuestiones que muchos actores adultos y sus instituciones no han logrado aprehender ni significar de manera respetuosa.

3. Sobre posibles salidas a las disputas actuales.

Lo planteado hasta aquí enfatiza la necesidad de establecer diálogos críticos con las experiencias sociales juveniles ya vividas, de manera que ellas y la reflexión sobre ellas puedan ser un aporte para los procesos populares que nos importan. En ese sentido, una estrategia analítica puede buscar darle relevancia a la lectura de procesos actuales, visibilizando las disputas y recurriendo al tiempo pretérito.

En este vínculo entre pasado y presente, nos ayuda la metáfora de quién practica salto largo, que para efectuar su salto debe “echarse hacia atrás” para tomar distancia - “tomar vuelo”- y lanzarse en su carrera con la fuerza necesaria para saltar. También ayuda, la propuesta de concepción del tiempo de los pueblos originarios, que se conectan con sus experiencias pasadas como aquello que nos trajo hasta aquí. Es

decir, valorizan lo vivido en su íntima imbricación con el presente y con el aporte que ello puede hacer en tiempos actuales²².

Para avanzar en esta lógica que hemos señalado, algunas consideraciones se vuelven fundamentales: por una parte, la necesidad de que al hablar de jóvenes se expliciten los contextos en que esos jóvenes se despliegan, valorando y enfatizando las diversidades de modos de ser joven y de constituirse de las juventudes, de manera de no homogenizar discursivamente ni construir imágenes que no permiten establecer distinciones entre experiencias plurales y dinámicas.

Un segundo aspecto refiere a la necesaria valoración de las y los jóvenes en sí mismos, a partir de sus producciones propias y no siempre en comparaciones con lo pasado o con lo esperado. Vale decir, tensionar la capacidad analítica para que las y los propios jóvenes produzcan argumentaciones que fundamenten sus apuestas y que desde los mundos adultos se produzcan versiones sobre lo juvenil -diverso y plural- escuchando y significando en concordancia con lo que estos sujetos y sujetas plantean. Esto no constituye una apelación a la no crítica ni una búsqueda de asepsia en el análisis social, sino más bien refuerza la búsqueda de diálogos con las experiencias juveniles, para constituir puntos de encuentro de trayectos y proyectos comunes desde enfoques generacionales.

En esa perspectiva se hace necesario disponer de otros lentes para mirar y comprender estos procesos de constitución de las y los jóvenes en nuestra historia y los modos de abordar las disputas que esos procesos plantean. Mientras mantengamos las lógicas de la carencia, el peligro y la amenaza social no lograremos avanzar en nuevas conceptualizaciones, reproduciremos los imaginarios y las prácticas asimétricas propias del adultocentrismo. De igual forma, mientras promovamos imágenes fundadas en racionalidades esencialistas que mesianizan a las y los jóvenes como portadores inherentes del cambio social, y les veamos como disponibles para la acción política porque son jóvenes y porque están viviendo una supuesta etapa de idealismos y rebeldías, seguimos reproduciendo nociones naturalizadoras del ser joven y de las disputas a que nos hemos referido.

Necesitamos cambiarnos los lentes. Mirar con otros ojos y abrirnos para relevar los posibles aportes que las y los jóvenes pueden hacer a la transformación de nuestras realidades. Para ello es vital aprehender a comprender los mundos juveniles desde sus potencialidades y capacidades, como ejes de nuevas lecturas. Es decir, partir desde la pregunta por las contribuciones que las y los jóvenes, en diversos espacios sociales, pueden hacer a las dinámicas colectivas, institucionales, etc.

Lo anterior implica poner en debate los modos de ejercer poder que los mundos adultos efectúan sobre las y los mundos juveniles, estructurando relaciones de dominación que inhiben el despliegue autónomo y digno de estos sujetos jóvenes. Al

²² Duarte Klaudio. Desarrollo sustentable, tensiones generacionales e implicancias políticas. A propósito de las nociones de futuro en nuestros imaginarios sociales. En Discursos de Resistencias Juveniles en Sociedades Adultocéntricas. Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI. Klaudio Duarte. San José de Costa Rica. 2006.

mismo tiempo, resulta propio de ese movimiento crítico, la elaboración de alternativas para la generación de estilos relacionales democráticos y de respeto generacional, buscando apoyar el reencuentro entre generaciones y al mismo tiempo el empoderamiento de los sujetos considerados “menores” en nuestra sociedad; niños, niñas y jóvenes. En ese sentido apostamos por la posibilidad de construir poderes colaborativos desde los espacios de vínculos cotidianos e íntimos que permitan acumular capacidad de control en pos de irradiar dichos logros hacia espacios locales y nacionales, en donde estos sujetos hasta ahora subordinados y ninguneados puedan hacerse actores sociales, es decir ciudadanos en tiempo presente.

Estas relaciones democráticas entre generaciones, sustentadas en el respeto y la colaboración, exigen aprendizajes que permitan la cooperación intergeneracional. Este enfoque abre posibilidades también para las y los sujetos adultos, en tanto les posibilita rehacer las nociones tradicionales adultocéntricas que han significado, en el contexto de sociedades capitalistas, el ser adulto como lo autoritario, rígido, no afectivo, aburrido, establecido y con sensación de haber llegado a un punto terminal, es decir negando toda dinámica y recreación de las identidades de estos sujetos. Es por ello que esta apuesta por democracia intergeneracional, también es una oportunidad para la constitución de sujetos adultos de nuevo tipo, con capacidad de soñar y de proponer alternativas, constituyendo una adultez alternativa a los modelos asimétricos y conservadores propios del adultocentrismo.